

## Cuarto Domingo de Adviento

Lc 1, 39-45

*En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».*

Hoy ante la lectura del evangelio me siento interpelada por varios aspectos:

- Jesús recorría las ciudades y pueblos enseñando, predicando y sanando.
- El Padre está lleno de compasión y nos da el gran privilegio de participar en su obra y Jesús es el mejor ejemplo de compasión.
- También se nos pide que oremos y pidamos que Dios pueda llamar a más personas a su servicio.
- Gratis habéis recibido, dad gratis

Al inicio del tiempo de adviento ¿cómo vivo yo esos aspectos?

El ajetreo del día a día no me permite ser consciente del aquí y el ahora, de la persona que soy y la que estoy llamada a ser y eso me impide ver al “SER” que hay en mí y en las personas que tengo alrededor.

Muchas veces prevalece la prisa, la crítica, la intolerancia, la exigencia y no me doy cuenta que estoy mirando a los demás con los mismos ojos con los que me miro a mí, y la verdad es que muchas veces me asusta ya que en estos casos sentir compasión cuesta, pero si no empiezo por sentir compasión hacia mí misma, sentirla, experimentarla y vivirla no seré capaz de vivirla y sentirla hacia los demás.

La verdadera compasión no es compadecer, es VIVIR CON PASIÓN

Este tiempo de Adviento es un buen momento para hacer una reflexión sobre reemprender el camino del testimonio sereno, fértil.

Jesús les dice a los Apóstoles «Id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis».

Igual que mandó a sus Apóstoles a proclamar la palabra y el Reino, también me manda hoy y se que viviéndolo día a día resulta sanador; es sanador: el ser capaz de orar, saber escuchar al otro, recibirlo, aceptarlo y esto es suficiente para sanar anémicamente al otro y a uno mismo.

Cuántas veces al ayudar al otro espero reconocimiento, pero cada día he de grabar en mi mente, en mi corazón y en mi ser las palabras de Jesús al respecto: “Gratis habéis recibido, dad gratis”

Inma Casademunt, MTA Tortosa